

cierta excentricidad y de carácter algo difícil. Unos por un estilo, otros por otro. He pensado a veces asimismo en que había timidez familiar. Ahora no lo creo. Se trata más bien de una falta de acomodo físico, espantoso, con mucha gente: una hipersensibilidad para la antipatía y la simpatía de muy malas consecuencias, porque a la postre resulta que el número de personas antipáticas es mucho mayor que el de las simpáticas. Petulancia, satisfacción de sí mismo, gana de llegar a ser, ansia de honores, de dinero o de popularidad, respetabilidad social aparente, conformidad con el medio, todo esto han sido abominaciones para mi familia (págs. 80-81).

Salvando las distancias, *Los Baroja* me recuerda en parte a las *Memorias de ultratumba* de François-René de Chateaubriand. Si el vizconde francés decía de sus monumentales memorias que estaban escritas desde ultra-tumba, desde más allá de la tumba y con la perspectiva de un individuo que estando todavía vivo, adopta la posición de un muerto para mirar retrospectivamente al pasado, a la historia de su país y a la peripecia de su propia existencia, las memorias de Julio Caro Baroja también parecen concebidas por alguien que echa la vista atrás para recuperar ese mundo que ya hemos perdido, para dejar constancia por escrito de una vida con altos y bajos, con ciertas alegrías y con muchos sinsabores; una vida que en este libro se nos cuenta con una pesadumbre dulce, con una melancolía deliciosa.

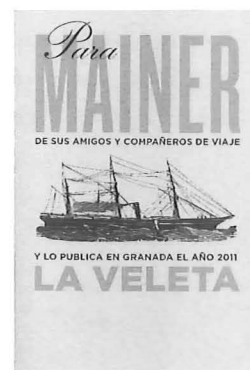
Francisco Fuster, es investigador en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València.

La lección del maestro

Justo Serna

- ¡Quiero vivir!
 - ¿En qué sentido?
 - En el más grande.
 - Entonces persista, no ceje.
 - ¿Con su comprensión..., su ayuda?
 - Cuento con ello, usted será una gran figura para mí. Cuento con mi más elevado aprecio, con mi devoción. Me sentiré muy contento, si es que eso tiene algún valor para usted...

Henry James,
La lección del maestro



VV.AA.

Para Mainer: de sus amigos y compañeros de viaje,
 Granada, La Veleta, 2011, 296 págs.

Afortunado quien tenga maestros. Será siempre una suerte contar con personas que nos enseñen, que nos adiestren y que nos muestren con su ejemplo lo mejor y lo deseable. Los maestros son instructores, transmisores e inductores, apostillaba George Steiner: individuos con conocimientos múltiples y con experiencias variadas que reparten su saber a manos llenas. El saber no es mera información o un simple acúmulo de erudiciones. Es, por el contrario, discernimiento, capacidad de discriminación, criterios para sumar y restar datos escasos o abundantes. A veces reunimos muchas informaciones puramente redundantes. El maestro será capaz de distinguir y ponderar. En ocasiones, por el contrario, somos torpes a la hora de hallar referencias, de lograr indicios. El maestro será un guía que proporcione pautas, aquel que ampare sin imponer la meta.

Es quien tiene conocimientos, sí; quien posee ciertas habilidades; quien asume la tradición. Pero es también el que encuentra alguna singularidad en la rutina, algún resultado original: grandiosa o humildemente único. Sin embargo, la auténtica virtud del maestro es la de despertar en el discípulo su propia maña, esa habilidad que el alumno ignoraba poseer o aquella destreza a la que no le daba importancia. ¿Por qué razón? Porque el maestro carece de Olimpo al que elevarse. Se sabe limitado, conoce la historia y justamente por eso se ve como un enano subido a espaldas de gigantes. Hay orgullo y hay ironía en su actitud, pues no ignora que sus logros también caducan. Por eso decía antes que el maestro ayuda sin dictar el objetivo del discípulo. Favorece el aprendizaje en una circunstancia que es mezcla de tutela y libertad. Y favorece el apetito, el placer o el interés por lo que cuesta o por lo que no se sabe y que es una suma de recursos y provechos. Aprender es un obstáculo, aquello que te hace disfrutar: al superarlo, mejoras o al menos crees sacar de ti lo que no sabías que sabías. Y todo ello, por el maestro.

Un libro de homenaje es el reconocimiento de una maestría, de una habilidad especial, de una erudición productiva. Como decía, el maestro distribuye su saber a manos llenas. No tiene la cicatería del avaro y, por ello, sus logros los comparte. Es generoso. ¿Por qué? Porque no teme rivalidades ni sombras. Porque quiere expresarse y compensar con el conocimiento lo que él y todos perderemos: la vida, sí, pero también esos hallazgos. ¿Qué se hace con lo que hemos aprendido y experimentado? ¿Cuál es su destino? El maestro siembra.

La imagen es muy tópica, pero a la vez es muy adecuada. Cultiva como un botánico experto y cuidadoso, y espera. Aguarda los resultados. Confirma que todo no depende de él: que hay muchos que han fructificado, que hay unos cuantos que

crecen muy vigorosos. Insisto: la metáfora está gastada, pero es la que mejor se ajusta a la voluntad de saber y al deseo de permanecer. El maestro no se limita a lo que cree conocer, sino que con voracidad y con inevitables tanteo y desorden avanza y derrama. Lo que hace no cae en saco roto. En contrapartida y tras una larga trayectoria, sus antiguos alumnos o amigos, sus discípulos o colegas, recogen su fruto. Reconocen su valor, el legado y, sobre todo, destacan el acicate de su enseñanza, de su labor o laboreo. Es tan satisfactorio ser generoso, produce tanto placer ser desprendido. ¿Quiénes son ahora los magnánimos? Los discípulos y colegas que reconocen esa maestría y que, por tanto, no experimentan celos o recelos.

Esto, exactamente esto, es lo que podemos constatar en *Para Mainer: de sus amigos y compañeros de viaje* (2011). Es un volumen en el que colegas y discípulos homenajean muy justamente a José-Carlos Mainer, catedrático de literatura española en la Universidad de Zaragoza. ¿Quiénes son los responsables, los editores? Jordi Gracia, pero también Andrés Trapiello y Juan Marqués. La nómina de quienes colaboran en este volumen impresiona. Desde novelistas hasta profesores de literatura, desde directores hasta estudiosos de la cinematografía, desde editores hasta filólogos: Martín de Riquer, José Manuel Caballero Bonald, Emilio Lledó, José Luis Borrau, Elías Díaz, Román Gubern, Santos Juliá, Luis Mateo Díez, Francisco Rico. Etcétera. Me paro aquí, con los *seniors* de la obra, para no hacer de este texto una larguísima enumeración. Tampoco pretendo resumir una trayectoria, que abarca décadas de fértil producción y que el propio Mainer detalla en la entrevista final que le hacen Juan Marqués y Julio José Ordovás.

Todos los que escriben en este volumen reconocen la contención de Mainer, su reserva educada, su ironía, su destreza, su experiencia, su pasión, su tono acadé-

mico y su bulimia lectora: el cuidado que Mainer siempre pone en lo que estudia y en lo que enseña, en lo que escribe y en lo que transmite. Medita e imagina y de ese pensamiento inquisitivo nacen obras sobre la literatura española, sobre la novela, sobre la política y la cultura: sobre Juan Valera, sobre Ramón del Valle-Inclán, sobre Pío Baroja o sobre Antonio Machado, entre otros muchos. De su análisis, en efecto, nacen obras que rastrean la maltrecha historia contemporánea, las pérdidas de la Guerra Civil y la posterior reconstrucción, monografías que se han convertido en clásicos del ensayo español.

Y así, gracias al maestro José-Carlos Mainer, muchos alumnos han obtenido excelentes resultados, han completado carreras académicas, han investigado e impartido lecciones hasta convertirse en expertos y, algunos de ellos, en nuevos maestros. ¿Expertos o maestros de qué? La especialidad de Mainer es la historia de la literatura española. Pero ése es un dominio puramente académico, una barrera institucional que establecen las cátedras y los departamentos. En realidad, el homenajeado tiene saberes vastos que no se limitan a aquello en lo que es perito. En España, Mainer domina como nadie la historia cultural.

La historia cultural no es la crónica de la literatura o del cine. Es, por el contrario, un saber contextual y transitivo, un examen de todo producto humano que sea artificio, elaboración, técnica y arte. Hablamos de la poesía, por ejemplo. Pero hablamos también de la novela. Son géneros que estudia la historia de la literatura, pero son sobre todo creaciones –entre la repetición y la originalidad, entre la tradición y la novedad– que proclaman necesidades humanas. Son bienes materiales sobre los que interviene un individuo y también otros más que le dan forma o comunicación. Son materialidad y circunstancia en las que operan distintos agentes: desde el autor propiamente dicho hasta el impresor o el

cajista; desde el rapsoda que canta las gestas de la tradición hasta el erudito que recopila y edita. Pero esas creaciones no son sólo artefactos materiales. Además rinden frutos propiamente espirituales: dicen lo que generalmente no decimos o reservamos. Elevan el ánimo y expresan a quienes las enuncian y a quienes facilitan (o dificultan) su difusión.

La historia que Mainer cultiva estudia los bienes culturales en contexto: lo que este o aquel autor dijeron y plasmaron, pero también lo que la audiencia o los destinatarios interpretaron: a veces contra las intenciones del literato o contra las instrucciones insertas en la misma obra. La gran habilidad de Mainer –y hay colegas y discípulos que lo señalan con mucha justeza– es la de leer con sabiduría e inocencia. Él llega a las producciones como si éstas acabaran de aparecer, como si este o aquel clásico estuvieran recién editados. Se pone manos a la obra, precisamente. No puede desprenderse de su experiencia lectora, pero accede a dicha creación con el fin de gozar. Al menos, en principio. Accede también para mejorarse, para aprender, para averiguar lo que no sabía. O, de otro modo, se apoya en las obras para elevarse: el espíritu o el ánimo. Para expresarse indirectamente, que es lo que hacemos los lectores cuando un autor habla por nosotros.

Ahora bien, Mainer sabe mucho y por ello cuando hace historia cultural siente las resonancias, escucha las voces del pasado y, por tanto, descubre o redescubre los recursos de la tradición, los esquemas que se repiten y, por supuesto, las originalidades de las que son capaces los prosistas y los poetas. Entre autor y actor hay poco tránsito: uno hace lo que no estaba y otro hace lo que estaba previamente. Bien mirado, no es sólo así: el creador recrea lo que ya había sido dicho; y el actante rehace de otro modo lo que ya no puede ser igual. Autor y actor tienen contextos y, por ello, lo que forjan es nue-

vo y a la vez previsible. Mainer lee así: entre la creación y la repetición. Es académico, metódico. Pero a la vez es un lector inspirado, libre, tentativo. Cuando habla se le notan los mecanismos y las habilidades: como dice José Luis Borau, mezclaba y aún mezcla «con autoridad y notable llaneza, por no decir desparpajo, títulos, personajes históricos o ficticios, películas, imágenes, líneas de diálogo, arranques y desenlaces, latines, refranes en desuso, chanzas, todo con deslumbrante facilidad y buen instinto para el encaje de las distintas piezas, sin que se le diera una higa saltar tiempos, fronteras genéricas o cualquier otra barrera molesta».

Imaginemos la enseñanza de un maestro. Imaginemos, precisamente, la mejor lección impartida por nuestro profesor predilecto. Aquel día, la sabiduría del docente llega a su plenitud. De sus alumnos exige atención y cuidado; y a sí mismo se reclama libertad, orden, claridad, inspiración, juicio e ironía: esa instrucción generosa y chispeante de quien atiende con ingenio. No sigo, que repito lo que el lector ya sabe e intuye.

*Justo Serna, es catedrático de
Historia Contemporánea en la Universitat de València.*

